

El tiempo si mi juicio acierta ó yerra,
 Cual mi cristiana caridad lo pide
 Pienso ir haciendo el bien sobre la tierra.
 ¡Adios! vuestro país no me conviene,
 Pues mi fé con la suya no se aviene.
 En vuestra sociedad la moral mia
 De ser no pasará una teoría,
 Que gérmenes de mal para ella encierra:
 La sociedad al fin me hará la guerra:
 Y, como yo colgada no la deje,
 La inquisicion me colgará algun dia:
 Si para convencerme de herejía
 No me quema en la plaza por hereje.
 Dios os libre, baron, de manos tales;
 Y pues que me debeis, con sus caudales,
 Que padre de una infanta os haya hecho,
 Guardad mientras vivais en vuestro pecho
 Buena memoria del doctor Rosales."

Fin de la historia de la primera Rosa.

CORRESPONDENCIA.

AL EXMO. SEÑOR

D. ANGEL SAAVEDRA,

Duque de Pinar

CORRESPONDENCIA

D. ANGELO SAAVEDRA

Impreso en Mexico

MEXICO

LOS MEXICANOS.

LIBRERIA
D. S. S. V. H. I.
CALLE DE...

CAPITULO I

No se encuentra tal vez en ningun punto del globo un paisaje, cuyo panorama sea comparable con el del valle de México; porque hallándose situado á una elevacion de cerca de 7,500 piés sobre el nivel del mar, y abarcando la estension de una magnífica llanura de 67 leguas de circunferencia, cuyos horizontes cierran por todas partes las mas pintorescas montañas, la limpidez y enrarecimiento de su atmósfera hacen que el sol ilumine su perspectiva con unos tonos de luz suavísimos: y la diafanidad del aire interpuesto deja percibir á la vista, con una admirable claridad, los mas lejanos objetos de los últimos términos del paisaje. El ojo del Europeo no puede apreciar ni las distancias ni la magnitud de los múltiples y variados accidentes de este mágico panorama, hasta que su pupila se acostumbra á contemplarles y hasta que los repetidos desengaños de la esperiencia le enseñan á rectificar la inesactitud de sus primeros cálculos. Este fenómeno se nota de la manera mas palpable, al tomar el lápiz para tantear sobre el papel ó el lienzo cualquiera de sus ricos puntos de vista. Según se

van apuntando los objetos que llenan su primer término, se van aglomerando y viniendo encima los del segundo y el último; la transparencia de la atmósfera hace que todos se acusen con poca diferencia de tamaño y con la misma claridad, á pesar de lo vario de las distancias; el boceto se llena pronto con los primeros términos y se declara escaso para los últimos: la mano cree que el ojo se equivoca, y corrige y disminuye sus trazos: el ojo cree que la mano desobediente es la que yerra, y la inteligencia concluye por concebir que necesita calcular con una exacta y matemática precision las proporciones del cuadro, para poder estenderle sobre el papel ó el lienzo como los ojos le ven y la mente le concibe. El cielo de México de un azul tibio, trasparente y limpio de nubes como el de Madrid, lleva sobre este la ventaja del clima, que da á su limpidez una estabilidad casi inalterable, y brilla en el verano sin aquella irradiacion insoportable de nuestra atmósfera de fuego, y sin la crudeza de su temperatura glacial en el rigor del invierno. Las lagunas de Texcoco y Chalco, que se dilatan al oriente de la ciudad en una estension de 14 leguas, quiebran los rayos de la luz en la tranquila superficie de sus aguas, como en los losanges desiguales de un roto espejo, y se la devuelven al cielo que la desparrama en hebras de oro en sus siempre verdes campiñas. Ver la salida y la puesta del sol desde las lomas de San Angel ó de Tacubaya, es un espectáculo del cual la poesía no puede hacer descripcion, ni la imaginacion formarse idea sin presenciarle. A la salida del sol, se ve la blanca ciudad de México destacarse sobre el espléndido cortinaje de púrpura desplegado sobre el horizonte, como uno de esos complicados y primorosos pala-

cios que los chinos labran en el marfil, colocándolos en el quitasol de plumas rojas de guacamayo de un mandarin opulento; vista á la luz de incendio de la última hora de la tarde, parece la isla de oro de un cuento de las mil y una noches, flotando sobre la zona azul que tiende trás de la ciudad el agua trémula de la laguna, y cobijada por el soberbio pabellón de su cristalino firmamento: que tienen los reflejos del sol poniente con purísimas tintas opalinas, abigarrándole por los horizontes con caprichosas ráfagas de púrpura y amaranto, prendidas en las crestas verdes de las montañas como los lambrequines rojos del capacete de un rey de la edad media. Dos montañas gemelas, el Popocatepetl y el Ixtasihualt, en cuyo seno hirvieron en otro tiempo dos volcanes y cuya parda mole corona hoy, como un turbante africano la faz morena de un beduino, un gigantesco y redondo copo de perpétua nieve, dominan este espectáculo sorprendente, como las hijas gemelas de un kalifa persa presiden, sentadas en una alkatifa de cachemira, la última danza de sus esclavas en medio de los voluptuosos jardines de su haren. Y estas dos montañas gemelas, que elevan eternamente sus blancas crestas sobre el valle de México, recuerdan sin cesar á los Mexicanos que hay otros climas sobre la tierra, cuyos moradores se despiertan todos los inviernos para ver el fondo de sus valles revestido por largo tiempo con aquel manto blanco, que ellos miran con asombro servir solamente de tocado para sus cabezas; pero las brisas heladas del Popocatepetl y del Ixtasihualt bajan muy rara vez á ensañarse sobre la perenne y exuberante vejetacion de su siempre florido valle; pues aunque se abren en la superficie por las orlas de las lagunas, como

girones hechos en una rica alfombra, franjas estériles de terrenos salinos, debidos á la rápida evaporacion de las aguas bajo su enrarecido ambiente, matiza en toda estacion la mayor parte del valle la verdura incesantemente mantenida por árboles, yerbas y plantas, que nunca se desnudan completamente de su frescura ni de sus hojas. En él puede afirmarse con verdad que no hay invierno ni verano; pues las estaciones se suceden con imperceptible diferencia en la temperatura, y la tierra no cesa de producir en ninguna. El pueblo indígena usa en todas, sin peligro para su salud, el mismo ligero traje, compuesto de un pantalon de lienzo, una camisa, un sombrero de paja y el imprescindible *zarape* ó una manta, que le sirve de capa por el día y de cama por la noche. Los indios campesinos viven en todos tiempos en unos jacales ó chozas de tejamanil, ó de pencas de maguey (*agave-la pita de Andahucía*), en cuyas desabrigadas habitaciones no les son molestos mas que los aguaceros de la estacion de las lluvias; la tierra, madre generosa del labrador, le centuplica la semilla sembrada en todo tiempo: y á veces, á lo largo de los caminos que recorre, vé con asombro el curioso extranjero á un indígena ocupado en sembrar ó arar una tierra, inmediata á otra en la cual su vecino está segando su ya sazónada cosecha. Los mexicanos, acostumbrados desde niños á la belleza, templanza y feracidad de su rico valle, no las aprecian en su valor hasta que salen de su país: y entonces concibo yo que les sea ingrata la vida de cualquier otro: la del mediodía y los trópicos por su luz deslumbradora y sus bochornosos calores, y la del norte por sus insoportables frios y la oscuridad de su siempre nublada atmósfera.

En una palabra, mi querido duque, el valle de México es la estancia mas grata para detenerse á reposar en la mitad del viaje fatigoso de la vida, y el panorama mas risueño y mas espléndidamente iluminado que existe en el universo.

La ciudad, fundada por los antiguos en no muy conveniente lugar, pues está espuesta á inundaciones producidas por el desnivel de las lagunas en la estacion de las lluvias, y sin poseer esos colosales monumentos arquitectónicos, huellas indelebles del saber de Grecia y del poder de Roma, ni esos afligranados edificios góticos de la edad media que tan suntuosamente decoran nuestras capitales de Europa, porque su fundacion no se remonta á épocas tan atrasadas, está sin embargo formada de bellos y simétricos edificios tendidos en calles uniformemente rectas, cuyas líneas cortan por todas partes infinitas cúpulas y campanarios de parroquias y monasterios. Ya sabe V., puesto que no soy yo el primero que lo dice, que donde quiera que llegan á dominar, los ingleses establecen una factoria, los franceses un teatro y un salon de baile, y los españoles un convento: y México tiene tantos de estos últimos, que apenas hay calle sobre la cual no se abra el enverjado pórtico de alguna iglesia, ó no se cierren algunas de sus ventanas con las espesas celosías de algun convento de monjas: lo cual, dando á la ciudad el tranquilo y misterioso carácter de las nuestras, la impregna de una atraccion simpática para los españoles, que encuentran en ella por todas partes recuerdos y semejanzas de las poblaciones de su patria. Mas como no me propongo en mis cartas hacer alarde de la sesuda madurez de un filósofo, ni de la minuciosa esactitud de un cro-

nista, ni de la pesada erudición de un anticuario, sino de estender mis impresiones sobre el papel con la ligereza y el ilógico desorden de un poeta, le haré á V. gracia de todo detalle topográfico y de toda arqueológica descripción de edificios: diciéndole solo, por ahora; que el palacio de los virreyes, el colegio de minería y la catedral son dignos de la atención del curioso viajero y del aplicado artista: especialmente la última, que aislada por sus cuatro frentes, eleva su principal fachada, con sus puertas del renacimiento y sus bellos adornos platerescos, sobre una plaza espaciosa, cuyo cuadro se cierra con sólido caserío de vistoso balconaje, y sostenido en su mayor parte por numerosos pilares. Sus casas, coronadas de planas azoteas con pretilos y balaustrados rematados en macetones, no ofenden la vista con aquellas abominables tejas encarnadas de nuestras castillas; y contemplada la ciudad á vista de pájaro, recuerda las alegres ciudades de Andalucía; y positivamente la de México es la mas alegre y bulliciosa del mundo: porque raro es el dia en el cual un aniversario nacional, una fiesta religiosa, un monjío, un simulacro militar, ó al menos una fáusta noticia, no se celebra con campaneó triunfal, alarmadores cañonazos y estruendosa cohetería. Jamás he recorrido el mas estrecho territorio, ni he hecho el mas limitado viaje por carretera ni senda de su hermoso valle, sin tropezar en ellas con indios cargados de cruces, faroles, ciriales ó castillos de pólvora, destinados á la función de algun inmediato pueblo.

Los mexicanos son en general ostentosos en sus casas, cuyos patios apilarados, que sustentan corredores cargados de macetas, comunican á sus aposentos la luz y el aire que no

necesitan mitigarse en tan benigno clima: un carruaje, siempre pronto al servicio, ocupa el fondo del pátio en las casas de las familias acomodadas, cuyas habitaciones decoran el mueblaje, las tapicerías y los estucados de las capitales de Europa: á pesar de que estos artículos de lujo, bien sea por el exceso con que les recargan los comerciantes, ó bien por los derechos con que están gravados, se adquieren á precios exorbitantes. Las casas de Don Eustaquio Barron de Don Gregorio Mier y Teran, Palacio de Buenavista de la viuda de Perez Galvez, y lo que hoy es Hotel de Iturbide en la ciudad, y las del conde de la Cortina, Escandon y Adalid en el campo, ostentan un esquisito gusto ó una positiva opulencia. Los mexicanos son corteses y francos en su manera de recibir: el extranjero puede penetrar en sus aposentos interiores y en sus jardines desde su segunda visita; y con poco que le acrediten sus circunstancias ó sus recomendaciones, está seguro de ser invitado á su mesa y admitido en la intimidad de su familia. Son espléndidos en sus convites, y en sus mesas luce al lado de la porcelana de Sevres, la cristalería bohemia y las mantelerías alemanas, la maciza argentería cifrada ó blasonada, que acusa la antigüedad de sus solares y la estima en que tienen á sus mayores. Su pronunciación, de la cual están desterradas las *zetas* y las *elles*, y las inflexiones suaves y musicales de su acento, hacen muy agradable su conversacion; especialmente la de las señoras, cuyo órgano vocal está timbrado en un tono de una sonoridad dulce y poco aguda, como la voz de todos los pueblos que respiran una atmósfera cargada de sales, ó que habitan las orillas del mar, como la de las mugeres de Cádiz, Nápoles y Venecia.

El tipo de las mexicanas tiene mucha afinidad con el de las de la antigua reina del Adriático: su estatura es mediana, y rara vez alcanza grandes proporciones: sus manos y sus piés son pequeños, y cifran su amor propio en el reducido tamaño y el esmero con que se calzan. Su andar es resuelto y airoso como el de las andaluzas: su cabellera rica, y el color de su tez, mas moreno que blanco, está en general templado con una suavísima tinta de palidez, á cuyo color dan ellas, y no sin propiedad, el epíteto de *apiñonado*. Su traje de sociedad es el mismo que el de las europeas, siguiendo las modas francesas; pero aun conservan la mantilla y se sirven del abanico como las españolas. Las mugeres del pueblo tienen, como las de nuestras provincias de Andalucía, grande afición á los colores vivos y á los ondulantes *faralás*, con los cuales orlan la falda superior de sus vestidos; pero su lujo principal estriba en la limpieza y bordados de sus enaguas, cuyos festonados picos dejan mas largos que la falda exterior; comprendiendo á todas las de que su traje se compone, bajo el nombre general de *naguas*, y sujetándolas al talle con una faja de seda, cuyos extremos dejan colgar de su cintura con una gracia característica del país. El traje de los hombres, que se compone de chaqueta y pantalon, está sobrecargado de botonaduras y herretes de plata y oro, como los arneses de sus caballos y las toquillas de sus sombreros: todo su traje está en fin calculado para montar. Y en verdad que son gallardos y consumados ginetes; y siendo sus caballos de raza fina, ligera y airosa, y usando de sillas de grande seguridad y de frenos de poderosa palanca, se lanzan en sus diversiones ecuestres á ejercicios de inmediato riesgo y de extraordinaria destre-

za. Grandemente aficionados á la música y al baile, y dotados de grande instinto para aquella, tienen profesores que como Marsan, Oviedo y otros, merecen el nombre de tales: y pueden contarse en la buena sociedad mexicana aficionadas que, como las señoritas Amat y Arellano, rayan en profesoras. Esta última, á quien son familiares varios idiomas europeos, conoce y canta en su lengua original todas las canciones populares y características de estas naciones. La música popular mexicana, como todo lo que caracteriza la nacionalidad de un pueblo, rebosa en originalidad. Sus instrumentos son una harpa pequeña y sin pedales, de agradabilísimo sonido, y que tocan con una admirable limpieza de ejecucion; una guitarra de siete dobles cuerdas metálicas, de caja oval y de largo mástil que sirve de tiple y que pulsan con una púa de nacar: otra guitarra de grandes dimensiones y de cuerdas de tripa que lleva los bajos, á la cual llaman bandolon, el salterio que llaman dulzaina y la bandurria á la cual llaman jaranita. No puede V. figurarse el maravilloso efecto que produce la combinacion de estos instrumentos con una flauta que lleva el *cantabile*, y un cornetin de piston ó una trompa de llaves que ataca vigorosamente los compases de bravura. Con estos instrumentos forman una orquesta, que ejecuta con una prodigiosa esactitud y afinacion las sinfonías mas difíciles y las variaciones mas complicadas de los modernos maestros europeos: y acontece mil veces que entre los ocho músicos que componen esta orquesta popular, hay dos ó tres que no conocen una nota y tocan de oído. La música de las canciones mexicanas recuerda, como las botonaduras, los alamares y los bordados de sus trages, los aires característicos de los bailes y

cantares que alegran las alamedas que riegan el Darro y Guadalquivir; pero las modificaciones que en ella han hecho el tiempo, la distancia y el carácter del pueblo en que se ha naturalizado, la han regenerado de tal manera, que solo reconoce su origen el corazón y el oído del que niño se adormió con sus cadencias, y las recordó ya adulto en extranjera tierra, donde le halagaron los dulces sueños de su memoria. El *jarabe*, que rompe franca y resueltamente en unos compases de boleras, se aparta ya de este aire español desde la mitad de su primera parte: las cadencias de la copla, en cuyos compases hay mas notas que las que requieren las reglas del contrapunto, se sostienen ó se quiebran de una manera tan agradablemente extraña y original, que hasta que el oído no se hace á ellas se le figura que el cantador se ha perdido; y su acompañamiento de baile sale de tonos y ondula y se mece, y se rasga en armonías, arpegios y trinos tan profusamente ricos y nutridos de notas, volviendo mil veces sobre sí mismo por medio de transiciones tan inesperadas, que los músicos de todos los países y de todas las escuelas escuchan con placer hasta el último de aquellos compases, que acompañan generalmente un baile tan gracioso y tan picante como el Saltarello y la Tarantela de Nápoles, las jotas de Aragon y las corraleras de Sevilla. Las mexicanas del pueblo bailan el jarabe con una languidez y un abandono tan incentivos, como nuestros pueblos del mediodia sus espresivas danzas. El jarabe, música y baile, es el aire mas popular en toda la república Mexicana: y es acaso de todos el aire nacional conocido, el mas rico y complicado en pasos y en armonías; los cuales, como los de nuestras playeras y rondañas, resistiendo á los esfuerzos

de los extranjeros, no pueden jamas ser ejecutados con perfeccion por manos ni piés que no sean mexicanos. Tengo por escusado advertir á V: que las mexicanas de la buena sociedad no bailan ya mas que la Schotisch, la Polka-mazurca y esos bailes de los pueblos del Norte, que parecen inventados expresamente para hacer dormir de pié á los del mediodia: aun quedan sin embargo algunas señoras, que en la sociedad íntima y en las fiestas familiares de sus haciendas, le bailan con gran contentamiento y aplauso de los que apreciamos, con la imparcialidad de los hombres de arte, la poesía, el carácter y los recuerdos nacionales de todos los países: y le bailan, mi querido Angel, como la duquesa de Alba, y otras de nuestras nobles señoras españolas no se desdaban en otro tiempo bailar nuestro bailes, es decir sin que el decoro y la dignidad de la dama hagan desmerecer un quilate de su gracia original al movimiento onduloso del cuello y de la cabeza, á la cimbradora flexibilidad del talle, y á las atrevidas mudanzas de los enanos piés: que son absolutamente peculiares dotes de la mujer y del baile mexicano.

Los mexicanos, á pesar del abandono en que sus gobiernos han dejado yacer la educacion del pueblo, imposibilitados de atender á la propagacion de los estudios por la inestabilidad en que continuamente les han tenido los vaivenes y disturbios políticos, poseen hombres de ciencia y de vastos conocimientos en los diversos ramos del saber humano avanzados por los adelantos del siglo: y los ingleses, franceses, italianos y alemanes, encuentran pronto sociedad y amistades en México, especialmente en la juventud entre la cual están muy estendidos los idiomas de aquellas naciones. Desgraciadamente la mayor parte de los extranjeros que han